

EN TORNO AL MOVIMIENTO BIBLICO

II

Ciencia bíblica y lectura de la Biblia.

Introducción.

En un artículo anterior (v. ECA 1967, 337 ss.) exponíamos el itinerario que había seguido el alejamiento de la Biblia por parte de los cristianos. El estudio individualista de los libros sagrados, al margen del magisterio eclesiástico y orientado por los criterios subjetivos de cada científico, había desembocado en un confusio-nismo deletéreo, que hubieron de afrontar los Papas con documentos duros. De este cientismo exagerado surgió la desconfianza con respecto a los libros santos. Y esta desconfianza llegó a cristalizar incluso en los tratados dogmáticos, teológicos y morales para uso de los clérigos en formación. Sólo los muy formados podían dedicarse al estudio de la llamada teología positiva; los demás habían de conformarse con una teología especulativa, basada primordialmente en el Magisterio eclesiástico y en el pensar de los teólogos. Acercarse a las fuentes mismas de la revelación —a la Escritura en sí misma y a los Padres primitivos— era peligroso. Por eso el lugar que ocupan estas fuentes en los textos escolares es más bien accesorio. Lo principal de cada tesis es su valor dogmático, precisado científicamente tras una exégesis crítica y prolija de los diversos documentos ordinarios o extraordinarios del magisterio eclesiástico. Con esto ya se sabe cuál es la importancia y la obligatoriedad de creer en tal doctrina. Más tarde se traen algunos textos inconexos de la Escritura, que confirma la verdad que se quiere probar, o que refutan el error o la herejía contraria. Por fin se aducen también textos aislados de diversos Padres, en confirmación de las verdades. Y basta. No se hace una teología propiamente bíblica ni se hace un estudio auténticamente patristico de los grandes temas de la revelación.

En el campo de la moral católica esta racionalización de la moral es aún más palpable. La moral es algo que se estudia de un modo más bien filosófico o jurídico. Podríamos decir, que las fuentes de la moral escolar son la filosofía aristotélica o estoica, un tanto cristianizada, y el Derecho Canónico. Por eso resulta seca y legalista.

El Concilio ha hablado claro sobre la nueva orientación de los estudios teológicos y morales, basados principalmente en la Escritura. Más aún, la misma catequesis primera ha de basarse más en el mensaje evangélico, con sus conexiones con las grandes líneas del plan de Dios o Misterio de Salvación, como había sido ya pre-nunciado en el Antiguo Testamento. Así el nuevo catecismo no será un prontuario de verdades

teoréticas, que habrá de ser aprendido precisamente por los niños; no será un extracto y una simplificación de la teología dogmática y moral especulativa, sino algo más vital; no irá a ilustrar sólo la inteligencia, sino a infundir una vida y una mística cristiana.

Y aun la piedad deberá ser transida de la palabra divina y convertirse en profundamente bíblica.

Pero de aquí surge el problema: ¿Luego todos deben leer la Biblia por su cuenta, usar la Biblia a su antojo, nutrir individualmente su piedad en la Biblia? ¿Ha dejado la Biblia de ser un libro peligroso? ¿Se ha de poner la Biblia en manos de todos y dejar al Espíritu Santo que sea el maestro interior de cada alma, a la que habla directamente a través de la palabra inspirada? ¿Todos, aun los principiantes y los religiosamente no formados, pueden tomar la Biblia en sus manos, leerla y sacar sus consecuencias?

1.—El origen del pietismo bíblico.

Nuestro siglo, a partir de la guerra europea y más aún después de la guerra mundial, ha sufrido una sacudida intelectual. La ciencia y la filosofía se habían indigestado. El racionalismo había desembocado en un idealismo descarnado y apriórico, el cientismo se había vuelto contra el mismo hombre. Los descubrimientos científicos se habían tornado en armas mortíferas y la humanidad empezó a tener miedo a los juguetes que ella misma había creado. El hombre y su inteligencia se habían puesto en la cúspide de la creación, pero la experiencia de la guerra había demostrado que el ídolo tenía pies de barro. Y se temió por el hombre. Ya no era la ciencia la suprema aspiración de los individuos, era la vida. La vida estaba en peligro, la vida era el valor original y primario de todo ser viviente. No nos interesaba la esencia de las cosas, sino su existencia. No nos interesaba saber lo que somos, sino vivirnos a nosotros mismos. Al valor filosófico y científico de las esencias había sucedido el valor vital de la existencia; y a la placidez intelectual de la especulación, la angustia vital del riesgo y del peligro.

Junto a este giro total del modo de contemplar las cosas en el plano intelectual, nace el sentido comunitario de lo social. Se vuelve a tener conciencia clara de humanidad; el mundo ha estrechado sus fronteras y se aspira a una sociedad internacional de países. La Sociedad de Naciones, la ONU, el mercado común europeo, el bloque occidental, la Europa común, son realizaciones de estas nuevas ideas comunitarias. Y junto a ellas la mística mundial y universalista del proletariado. El individualismo se disuelve

en un mundialismo social. El hombre no es ya un mero individuo, sino un miembro de la gran familia humana.

Y de aquí nace también, como fruto maduro, el practicismo. No se quieren tanto ideas ni ciencia, cuanto motivos de acción.

Todo esto concuerda más con el ambiente bíblico y con el espíritu cultural, en que nacieron los libros sagrados. Se busca el sentido religioso y vital de la Biblia, y se arrinconan un tanto sus problemas científicos; se busca un lazo de unión de fe religiosa, que aune a todos los creyentes, más que una división neta de prohibiciones y de barreras que distinga y aparte a los que, sin embargo, poseen un tesoro en común; se busca una teología vital, más que especulativa; se buscan motivos de vida religiosa, más que regulaciones disciplinarias y coartadoras de esta vida que, por dirigirse hacia Dios, siempre parece buena y fructuosa; se busca un retorno a las fuentes de la vida cristiana, cuando más que un código es una mística la que dirige las acciones; se busca una teología pastoral, práctica, más que una problemática escolástica e intelectual.

Y así nace el movimiento bíblico, la renovación bíblica y comunitaria de la liturgia, las paraliturgias bíblicas, los retiros bíblicos... E incluso se levantan voces, un tanto extrañas y sorprendentes, que comienzan a protestar contra el enfoque tradicional de la moral legalista y fría de las escuelas.

2.—Consecuencias de este movimiento bíblico.

Las versiones de la Biblia se multiplican; es el libro más comercial de las editoriales. Cada año se reimprimen las ediciones y nacen nuevas versiones más científicas, o con el prurito de ser originales en algún punto. Cuando estas ediciones no se mejoran se abaratan, se hacen populares y económicas, ediciones lujosas o de bolsillo. El hombre tiene hambre de Palabra de Dios.

Por otra parte, esta renovación bíblica impulsa a grandes pasos el sentido ecuménico. Las Iglesias separadas —protestantes y ortodoxos— se separaron por razones dogmáticas, por rebelión contra el magisterio eclesiástico, por espíritu descentralizador; pero mantenían como fuente de su piedad a la Biblia. Los libros inspirados eran libros sagrados para ellos y para nosotros. Y ellos también en la Biblia estaban redescubriendo un sentido comunitario y unitario. Ellos también ven que la Iglesia es el pueblo de Dios, el templo bien trabado y unido, el Cuerpo de Cristo. Y ven la desunión como un pecado y como una negación de la misma esencia del cristianismo. No puede el cristiano desgarrar la túnica inconsútil de Cristo, que respetaron los gentiles.

En la Biblia ven los hermanos separados fervorosos el valor de las celebraciones litúrgicas comunitarias, el valor del monaquismo y de la

vida interior. Karl Barth —el teólogo más prominente del protestantismo moderno—, Cullman —uno de sus exégetas más preeminentes, observador en el Concilio Vaticano II— incluso Kierkegaard, han llegado a la conclusión de que la Biblia no puede vivirse, sino en el contexto histórico y vital de la misma Iglesia. De esta manera el ecumenismo tiene su raíz y su base más profunda en el conocimiento vital de la Biblia.

Los protestantes fervorosos sienten la necesidad de superar la técnica individualizadora de su interpretación de la Biblia, para cumular vitalmente con el Espíritu de Dios; quieren rezar la Biblia, más que estudiarla. Y así, mediante la oración, ponerse en contacto con la plegaria misma, auténtica y sobrenatural de la Iglesia católica.

Y de esta nueva aspiración de rezar la Biblia, nace el movimiento litúrgico.

En el campo católico el movimiento comenzó por la liturgia. La lectura del misal fue anterior a la lectura de la Biblia. Pero el misal le daba al cristiano fragmentos maravillosos de la Escritura. La liturgia se basa y se compone casi totalmente de fragmentos bíblicos: salmos, lecturas, himnos. Y estos fragmentos escogidos le abren el apetito y el ideal de conocer el **TODO**. No quiere contentarse con lecturas parciales. Si los trozos escogidos del Antiguo Testamento en las misas cuaresmales son tan preciosos y tan fecundos en enseñanza, si los fragmentos de las cartas de San Pablo son tan densos en doctrina y en motivos de acción, si los fragmentos evangélicos, de los que se nutría casi exclusivamente la predicación, eran tan fecundos en consecuencias espirituales, cuánto más hermoso y cuánto más rico habría de ser el tesoro completo del mensaje divino.

Y así nace una nueva espiritualidad. La espiritualidad moderna quiere ser más litúrgica, más eclesiológica, más teológico-bíblica. Y por eso está orientada y quiere nacer del venero mismo de toda sabiduría espiritual: de la Biblia.

3.—Peligros de este movimiento bíblico.

Pero si el punto de arranque y la finalidad de este movimiento es verdaderamente providencial e inspirado para el mismo Espíritu de Dios, que está soplando poderosamente sobre la Iglesia, tiene también sus peligros, que se han de soslayar.

El punto de arranque, decíamos, es laudable. Se quiere poner de relieve el valor principal y fundamental de la Biblia, que es el mensaje religioso que Dios nos comunica en su revelación. Y se asienta como principio, que si Dios quiere hablar a todos los hombres, su mensaje ha de ser asequible a todos, sin necesidad de tantos andamiajes científicos, que oscurecen más bien el mensaje divino.

Pero toda actitud, cuando es extrema, es errónea. Y podríamos decir, que el denominador común de este movimiento en los fieles seglares

no especializados en ciencias bíblicas, es una suspicacia y aun desprecio a las ciencias bíblicas. A lo más se la respeta, pero se piensa que se puede muy bien prescindir de ella. Se disocia la ciencia de la fe. Y se prepara una vuelta a un sentido puramente espiritualista y subjetivista del texto sagrado. De esta manera, si la reacción contra el cientismo esterilizante está justificada, el peligro del carismatismo y del libre examen está también al acecho. No hay que olvidar, en efecto, que la Biblia es una encarnación del mensaje divino en palabras humanas. Por tanto, no puede despreciarse el aspecto humano y literario de la Biblia. Y los adelantos de la ciencia bíblica son adelantos también para la mejor interpretación y conocimiento del mensaje divino.

La Palabra de Dios hay que tomarla en serio. Debemos buscar cuál es el Mensaje Divino, no tomar como divino, lo que son interpretaciones nuestras humanas.

San Jerónimo lo enseñaba expresamente: "Todo cuanto leemos en los libros santos brilla y resplandece ciertamente incluso en la corteza; pero aún hay mucha más dulzura en la pulpa. Quien quiera comer la almendra, ha de romper la cáscara". (1)

San Agustín concuerda con el gran intérprete de Belén: "El intérprete, que da a las Escrituras un sentido distinto que el del autor sagrado, se engaña, aun cuando esté en la verdad y sea su interpretación propia útil para impulsar a la caridad... Así como un viajero que abandona el camino, pero a campo traviesa se va acercando a su destino, al que había de conducirle la senda. No obstante debemos a tal viajero enmendar de su error y mostrarle cuán útil es no abandonar la ruta, para que el hábito de salirse de ella no le lleve hacia una dirección opuesta o perniciosa". (2)

En otro lugar vuelve a recalcar: "Quien quiere profundizar en las intimidades de los oráculos divinos, debe esforzarse constantemente en no alejarse del pensamiento del autor, de quien se ha servido el Espíritu Santo." (3)

Un pietismo bíblico, puramente sentimental y acientífico, sería en realidad pernicioso: no reflexiona en la unidad que ha de haber entre verdad y amor. Se caería en el subjetivismo del libre examen y tornaríamos a tomar a la Biblia, como puro excitante de pensamientos piadosos o de buenos propósitos. Es decir, acabaríamos en una fe fiducial herética, olvidándonos de la verdadera fe dogmática sobrenatural. La Biblia estaría en el mismo plano que los otros libros piadosos, escritos por almas ardientes, cuya lectura excita en nosotros ideales de piedad y de santidad. Y la Biblia no es un mero devocionario o libro de meditaciones ascéticas. Tiene en sí la fuente de toda piedad, pero no es en sí misma un devocionario.

1.—S. Jerónimo, *Epístola 59*.

3.—O. c., III, 27, 38.

2.—San Agustín, *De Doctrina Christiana*, I, 35, 41.

Si admitiéramos reflejamente este pietismo acientífico, sacaríamos conclusiones perversas. Porque, si tomamos como norte de interpretación bíblica nuestra propia piedad ¿para qué necesitamos de magisterio eclesiástico, de dogmas y de Concilios?

4.—El uso bíblico en la Iglesia.

Repasemos un poco los textos del Vaticano II, que aducíamos en nuestro primer artículo, y examinémoslos atentamente.

La Constitución de Sagrada Liturgia habla de una mayor amplitud bíblica en la liturgia: "De modo que en un período determinado de años se lean al pueblo las partes más significativas de la Sagrada Escritura". (n. 51)

Y se recomienda la Homilía, que verse sobre los textos sagrados.

La Iglesia, por tanto, habla de una exposición de la Biblia. Será el predicador o el catequista bíblico, el que dará el sentido recto y eclesiástico a los textos, que se comprenderán fácilmente o, al menos, rectamente, a través de la explicación homilética. No es cada uno el intérprete de la Biblia, sino que la Iglesia es la única intérprete auténtica del mensaje de Dios. De donde habrá que leer la Biblia con el espíritu mismo de la Iglesia. Y para ello hace falta al menos una instrucción básica.

5.—Dos maneras de usar la Biblia por la Iglesia.

La Iglesia usa la Biblia de dos maneras

a).—Manera doctrinal

La Iglesia usa la Biblia, para conocer el Mensaje de Dios y deducir de él las verdades dogmáticas, que hemos de profesar con nuestra fe y nuestra vida. La Biblia es la fuente de la teología como explicaremos en otro lugar.

Está claro, que cuando se trata de leer la Biblia, para sacar de ella las bases doctrinales de nuestra fe, esta lectura tiene que ser profunda y cuidadosa. No podemos imponer a otros como divinos, pensamientos que son humanos. La Iglesia es creatura de Dios y está sometida a sus preceptos, no es ella misma Dios. Por eso creo en Dios y creo a la Iglesia. No creemos de la misma manera a Dios que a la Iglesia. Luego en este campo, se ha de investigar claramente qué quiso Dios decir con certeza. Todo el aparato crítico y teológico tiene que entrar en juego. San Atanasio lo enseña claramente "Como en todos los demás lugares de la Escritura, hay que observar aquí en qué ocasión ha hablado el Apóstol, y a quién y por qué motivo ha escrito; hay que poner en ello una atención escrupulosa y leal, para que no nos apartemos del verdadero sentido por ignorancia de tales circunstancias o por haberlas interpretado mal." (4)

Es decir, teología bíblica sólo la puede hacer un exégeta y un teólogo. La lectura de la Biblia

4.—San Atanasio, *Contra Arrianos*, I, 54.

en este sentido está restringida al magisterio de la Iglesia y a los teólogos bajo el mismo magisterio.

b).—Manera pastoral.

En la liturgia la Iglesia supone ya a cristianos bautizados e iniciados en la fe. Supone ya los principios dogmáticos fundamentalmente poseídos. Supone también una espiritualidad fundamental recta y sólida. Sobre estos fundamentos la Iglesia incita a los fieles a la santidad y a la perfección cristiana. Y, para dar mayor fuerza a sus palabras, usa palabras sagradas. Quizá estas palabras sagradas no tenían en el sentido primitivo el contenido que ahora les da la perfección cristiana, pero expresan bien, lo que ella quiere inculcar, y que ciertamente es doctrina sana y recta.

Pongamos un ejemplo. San Benito hace preguntarse al servicio aspirante de su orden: "¿A qué has venido?. Estas son palabras bíblicas. Las dijo Cristo a Judas en el huerto, cuando éste llegaba para venderle. Las circunstancias, pues, son totalmente distintas de las del novicio fervoroso que quiere dedicar su vida al servicio de Dios. Sin embargo, la pregunta es oportuna a todo hombre que quiere consagrarse a Dios, y parece que tiene una mayor fuerza religiosa, si se expresa con palabras sagradas.

En este sentido acomodaticio usan muchas veces los predicadores las palabras de la Escritura. Y no lo hacen sin razón. Quien ama un libro o a un autor siente razonar en su alma las palabras amadas, y se sirve de ellas para robustecer sus ideales de vida.

De una manera similar podemos usar todos los fieles la lectura y la meditación de la Biblia. Se supone que tenemos ya una formación fundamental dogmática recta y sana; estamos en comunión con el sentir y pensar de la Iglesia. Suponemos también que tenemos una formación espiritual recta y sólida. Sabemos que Cristo nos exige humildad, caridad, abnegación, penitencia, horror al pecado, desapego de los bienes terrenos, castidad, sobriedad, vigilancia, etc. Y leemos la Biblia, para que sus palabras nos exciten a cumplir nuestro plan de vida cristiano, nos refuerzan los propósitos de entrega a Dios, nos robustezcan en el seguimiento de la senda difícil de la vida, a través de este mundo puesto en la maldad. En este sentido, la lectura y la meditación de la Biblia es provechosa y fuente de vida sobrenatural. No nos importa tanto saber qué problemas exegéticos plantea éste o el otro pasaje bíblico; nos basta que estimule nuestros buenos deseos, que ciertamente son rectos y verdaderos, porque pertenecen al depósito espiritual y dogmático de la Iglesia. Así no me importará si el libro de Jonás es histórico o no, con tal de que vea en él, cómo Dios se disgusta si su Apóstol se acobarda ante una encomienda difícil y peligrosa; no necesitaré saber si el libro de Tobit es historia auténtica, si veo que en él me dice Dios, que la caridad es siem-

pre agradable a sus ojos; no será lo principal investigar en la historicidad precisa de los primeros capítulos del Génesis, si veo que todo lo que ha sido hecho, ha sido creado por Dios y depende de él, el pecado contraría a Dios, y Dios prometió ya desde el principio la venida de su Ungido.

En este sentido podemos y debemos leer la Biblia. Para ello necesitamos una fundamentación sana y recta y una prudencia razonable, para saber que no todos son especialistas en Escritura, y que hay muchas cosas que no podremos explicar fácilmente. Así sacaremos el fruto que la Iglesia quiere y evitaremos los escándalos, que a todo profano le ofrece la lectura de un libro humano, antiguo y difícil.

CONCLUSION.

Luego quién puede leer la Biblia? Todos. Pero no todos de la misma manera. Algunos quizá sólo puedan ser capaces, para que se les lea, comentándolos, algunos párrafos escogidos. Porque hace falta primero una formación recta, que habrá de ser sacada de la Biblia, ciertamente, pero no por el catecúmeno, sino por el catequizador. La Biblia requiere una iniciación. No se puede dar el pan de Dios indistintamente a todos. El vino de la Escritura puede embriagar a los no acostumbrados. Y así, los niños de la fe, tendrán que comenzar por gustar la leche y la miel, antes de gustar el vino embriagador de la Palabra de Dios.

Sólo los especialistas, bajo la dirección del magisterio de la Iglesia, podrán deducir doctrinas dogmáticas, apoyados en el estudio de la Biblia.

Todo fiel cristiano podrá encontrar alimento y fuerza para su piedad en la Palabra de Dios, mientras su piedad y su fe sean auténticamente sanas y rectas.

Pero se ha de evitar todo extremismo en la lectura de la Biblia. La Biblia es un libro humano-divino, y por eso es él mismo ya un problema y un misterio. No podemos negar ninguno de sus dos aspectos. Como no podemos negar en Cristo su naturaleza humana y ni su naturaleza divina, y en la Iglesia no podemos prescindir de su realidad humana-sociológica, ni de su realidad divina de Cuerpo de Cristo. Todo monofisismo, tanto cristológico, como eclesiológico, como bíblico, son erróneos y perversos. Por tanto, tan errado está el sabio, que se fija sobre todo y casi exclusivamente en la personalidad del autor inspirado y considera a la Biblia como un libro meramente humano, al que hay que interpretarlo solamente con técnicas humanas; como el espiritualista, piestista exagerado, que se fija exclusivamente en el Autor Inspirador, y pretende colocarse en contacto directo con lo divino, despreciando lo humano de la Biblia.

La prudencia, la obediencia, la simplicidad y la piedad son más necesarios en la lectura de la Biblia, que en cualquier otra actividad de nuestro espíritu.

S. de Anfúa, S. I.